

cómo á pesar de todas las diferencias de apreciación en las cuestiones filosóficas, los discípulos de Platon mantuvieron siempre entre sí las relaciones más íntimas. Para poder juzgar de opiniones que expresadas con más ó menos rudeza encontramos en algunas obras de Aristóteles, y quilatar su verdadero alcance é importancia, necesitaríamos antes saber hasta qué punto estaban destinadas á la publicidad.

No conocemos bien los motivos que impulsaron á Aristóteles á abandonar Atenas después de muerto Platon. En todo caso sería aún menos explicable este proceder, si entonces se hubiera hallado á la cabeza de una escuela por él fundada. Es de todas suertes posible que, como algunos han indicado, la elección de Espeusipo para director de la Academia, fuera la causa de su expatriación; mas quizá también influyó en ella el giro que por entonces habían tomado las relaciones de Filipo con Atenas. Al mismo tiempo que Xenócrates, se dirigió Aristóteles á la corte de Hermias, tirano de Atarneo, el cual había llamado á ambos á su lado.

La amistad que unía á Aristóteles con Hermias, no sólo fué famosa en la antigüedad, sino que también hubo de ser blanco de muchas odiosas insinuaciones, á las cuales pudo contribuir no poco la extraña suerte de Hermias ¹⁾. En un principio esclavo de Eubulo, uno de los trapezistas oriundos de Bitinia, quien debía á sus riquezas el dominio de Atarneo y de la vecina Asos, fué á su muerte sucesor suyo. Quizá se remontaban las relaciones entre él y Aristóteles á la época en que este último vivía en casa de su tutor Próximo; pero lo único cierto es que Aristóteles, como Platon, había sido maestro de Hermias ²⁾. Son pruebas manifiestas de la intimidad de relaciones en que vivieron Aristóteles y Hermias, no sólo la manera cómo el primero honró más tarde la memoria de su amigo, que había muerto víctima de una traición, erigiéndole en Delfos una estatua cuya dedicatoria aun se conser-

νήσασιν' οὐ γὰρ πρὸς χρέμασ' ἡ ἀξία μετρεῖται, τιμὴ τ' ἰσόρροπος οὐκ ἂν γένοιτο, ἀλλ' ἴσως ἰκανόν, καθάπερ καὶ πρὸς θεοὺς καὶ πρὸς γονεῖς, το ἐνδεχόμενον. Véase además el pasaje del diálogo *Sobre la Filosofía*, de que hablaremos más adelante. Véanse las páginas 235 y 236 del presente tomo.

¹⁾ Habla extensamente de Hermias la monografía de Böckh, *Abhandlungen der Berliner Akademie*, 1853, reimpresa en los *Kleine Schriften*, vol. 6.

²⁾ Estrabon, 13, p. 610. Himer., *Or.*, 6, 6, dice de Aristóteles y Hermias: καὶ γὰρ λόγους αὐτὸν ἐξήσκησεν. Suidas cita una obra de Hermias, sobre la inmortalidad del alma.

va ¹⁾, sino principalmente el matrimonio que contrajo con su sobrina Pitia ²⁾. Por lo demás, Aristóteles abandonó á Atarneo después de una estancia de tres años, desde el 1 al 4 de la 108.^a Olimpiada ³⁾, antes de la desgraciada muerte de Hermias, para restituirse á Mitilene. Allí se hallaba cuando el año 3 de la 109.^a Olimpiada, Filipo le llamó para encomendarle la educación de su hijo.

El interés, fácilmente explicable, que en tiempos posteriores despertó la vida que hicieron en común el que luego había de ser conquistador del Imperio persa y el gran filósofo, ha dado con más frecuencia margen á todo género de invenciones y fábulas, que motivo para que se haya procurado descubrir y consignar la verdad de los hechos ⁴⁾. Puede ser perfectamente exacta la noticia de que fué Mieza ó Estrimonion, lugar situado al Sudoeste de Pella, á la salida del valle Haliacmon, el lugar en

¹⁾ Diógenes Laercio, 5, 5:

τόνδε ποτ' οὐχ ὁσίως παραβάν μακάρων Σεμιν ἀγνήν
ἔκτεινεν Περσῶν τοξοφόρων βασιλεὺς,
οὐ φανερώς λόγῃ φονίος ἐν ἀγῶσι κρατήσας,
ἀλλ' ἄνδρὸς πίστει χρησάμενος δολίου.

Citanse también otros poemas dedicados á Hermias, especialmente un himno intitulado εἰς ἀρετήν. Véase Ateneo, 15, p. 697, a. Como indica Aristocles, en Eusebio, *Praepar. evang.*, 15, 2, el dialéctico Eubúlides y el pitagórico Licon, principalmente, habían hecho de las relaciones de Aristóteles con Hermias y de su casamiento con Pitia, asunto de las más vulgares invectivas. Aun más virulento era un epigrama de Teócrito de Chios, según testimonio de Temistio, *Or.*, 23, p. 285, c. En cambio Apelicon de Teos, escribió una obra expresamente consagrada á defender á Aristóteles.

²⁾ Estrabon, 13, p. 614, cuyo testimonio concuerda con el de Demetrio de Magnesia.

³⁾ Según Apolodoro, en Diógenes Laercio, 5, 9, con el cual está de acuerdo Dionisio de Halicarnaso, *Epist. ad Ammæum*, 1, 5. Estrabon, por el contrario, afirma que Aristóteles no dejó á Atarneo hasta después de muerto Hermias.

⁴⁾ El tratado πῶς Ἀλεξάνδρος ἤχθη, del historiador Onesícrito, así como el de Marsias de Pella, Ἀλεξάνδρου ἀγωγή, parecen muy pobres en datos de sucesos reales y verdaderos. Evidentemente es mera invención la carta de Filipo á Aristóteles que hallamos en Gelio, 9, 3. Sin embargo, R. Geier la considera como auténtica en su libro *Alexander und Aristoteles in ihren gegenseitigen Beziehungen*, Halle, 1856, obra que, por lo demás, no tiene valor alguno. La circunstancia de no ser sino una mera aplicación de la idea de que ya hablamos en la nota de la pág. 129, demuestra que esta carta no era más que un simple ejercicio de escuela. El autor no paró mientes en que el Aristóteles de edad de veintiocho años, debía ser distinto del que la posteridad ha conocido.

que Aristóteles vivió con su discípulo. Más de cuatro siglos después, en tiempo de Plutarco, mostrábase allá el banco de piedra y las sombrías calles de árboles (ὑπόσχοιοι περίπατοι) que se creía habían sido testigos de las lecciones dadas por Aristóteles al hijo del rey ¹⁾. Respecto al método de enseñanza empleado por el filósofo con Alejandro, las noticias que hoy poseemos ó son hipótesis absurdas, como las que sirven de base á las cartas que hallamos en Gelio, relativas á la publicación de ciertas obras ²⁾, ó son meras reflexiones completamente insustanciales y faltas de fundamento, como el dicho de Plutarco, de que Alejandro había hallado más medios para la realización de sus conquistas en la escuela de Aristóteles, que en el poderío que le legara Filipo ³⁾. Es también para despertar recelo y desconfianza, cuanto se dice acerca de un análisis y comentario de la *Iliada*, hecho por Aristóteles para uso de Alejandro; pues que en todo caso sería inexplicable el silencio que los investigadores han guardado sobre este trabajo, siendo así que no escasean las noticias sobre otras obras de análoga índole.

La misión de Aristóteles cerca del príncipe, no llegó á durar tres años. Cuando Filipo nombró á su hijo, que apenas contaba á la sazón dieciséis años, administrador del reino, para hacerle tomar parte poco después en sus empresas militares, Aristóteles se trasladó para mucho tiempo á Estagira, su patria. Háblase frecuentemente de los beneficios que ésta recibió gracias á su intercesión con Filipo, así como de leyes que Aristóteles hubo de darle; pero no sabemos del asunto, más de lo que conocemos respecto de las leyes que se dice haberle debido también Ereso, patria de Teofrasto.

¹⁾ Plutarco, *Vita Alex.*, c. 7. Cuanto Teócrito de Chios dice de Aristóteles en el ya citado epigrama:

ὅς διὰ τὴν ἀκρατῆ γαστρὸς φύσιν εἴλετο ναίειν
ἀντ' Ἀκαδημαίας Βορβόρου ἐν προχοαῖς,

hácelo con maligna intención, teniendo en cuenta el significado de la palabra βόρβορος.

²⁾ *Noct. att.*, 20, 5.

³⁾ *De fortit. Alex.*, c. 4. En los escritores modernos hallamos también análogas caprichosas consideraciones, como la de Stahr, *Aristotelia*, vol. I, p. 99: «Sin afirmar que Aristóteles ejerciera una influencia directa en los posteriores proyectos de conquista de Alejandro, puede asegurarse que debía salir un conquistador del mundo, de la escuela de quien, si hubiese nacido rey, habría sido también un Alejandro.»

Trece años después, regresaba de nuevo Aristóteles á Atenas. Su vuelta coincidió con el Arcontado de Evaineto, año 2 de la 111.^a Olimpiada, 335 a. Chr. ¹⁾, y entonces fué cuando debió fundar una escuela propia, cuyo esplendor eclipsó en plazo breve al de la Academia. El nombre de Liceo, con el cual subsistió durante algunos siglos, debíalo á la proximidad de un templo de Apolo Liceo; así como un perípato que circuía al santuario, fué causa de que posteriormente no sólo se considerase este nombre como sinónimo de escuela filosófica, sino que sobre todo fueran llamados peripatéticos los partidarios de la doctrina aristotélica ²⁾.

No hay mayores motivos que los que dejamos expuestos respecto de la Academia, para que deba considerarse al Liceo como creación de una sola persona; pues que éste como aquella no era más que una asociación de individuos animados de idénticos sentimientos y tendencias, y unidos para trabajar en común por el triunfo de sus ideales. Desgraciadamente las noticias que hasta nosotros han llegado, no son tales que nos permitan vislumbrar la historia de la creación del Liceo. Sólo tenemos por seguro, que contaba á Teofrasto así en el número de sus primeros miembros, como en el de los que desde un principio se dedicaron en él á la enseñanza. No sólo eran mucho más antiguas las relaciones que le unían con Aristóteles, sino que asegúrase que vivió con él en Macedonia y después en Estagira ³⁾. Más claro es que no aminora en modo alguno esta comunidad de esfuerzos, el mérito evidente de Aristóteles, pues que éste continuó siendo, aun en mayor grado que Platon en su escuela, el genio director de la suya, el hombre de superiores talentos y de actividad verdaderamente creadora.

En cuantas noticias de época posterior, á menudo desfiguradas, hallamos sobre el particular, no se descubre nada de las

¹⁾ Son insignificantes las diferencias en punto á la duración de esta segunda estancia de Aristóteles en Atenas. Apolodoro afirma que permaneció allí trece años, y Dionisio de Halicarnaso que fueron doce.

²⁾ La analogía que existe entre esta denominación y las de las demás escuelas filosóficas—especialmente debe recordarse el «Jardín» de Epicuro—hace que esta interpretación sea más verosímil que aquella otra según la cual, dicha denominación tiene su fundamento en la costumbre de Aristóteles de pasear mientras enseñaba.

³⁾ Véase Eliano, *Historias varias*, 4, 19, y Diógenes Laercio, 5, 32. En apoyo de su estancia en Estagira, puede alegarse la mención en la *Hist. pl.*, 4, 16, 3, del Museo existente en aquella ciudad.

profundas huellas que Aristóteles debió dejar como verdadero fundador de un método científico de enseñanza; pero precisamente la especie de carácter legendario que ostentan, es clara muestra de cómo ha continuado abrigándose la persuasión de que él había dado un paso decisivo y creado una forma con la cual la enseñanza recibió en los más diversos ramos su organización definitiva. No sólo se descubren con toda claridad los rasgos fundamentales de esta organización, sino que al mismo tiempo no es difícil darse cuenta de la manera cómo nacieron ideas que en época relativamente temprana parece llegaron á generalizarse por completo. Entre ellas desempeñó papel importantísimo la que se refiere á una teoría secreta de Aristóteles, como la que ya anteriormente se había atribuido á Platon. Semejantes hipótesis hallaron en siglos posteriores tanta más aceptación, cuanto que eran grandes los atractivos que para ellos tenía cuanto parecía ocultarse tras el velo del misterio. Mas en realidad éstas no podían referirse sino al orden gradual de los estudios, escalonados de suerte que se comenzaba por las nociones más elementales, para pasar luego á las que requerían cierta preparación. No á otra cosa respondía evidentemente la distribución de los distintos temas de enseñanza en las varias horas del día, sistema cuya existencia, prescindiendo de todo otro testimonio, está demostrada por las burlas que del orador Hipérides se permitió hacer un poeta cómico contemporáneo¹⁾. Mas no estaba limitada la enseñanza á los discursos del maestro (ἀκροάσεις) pues que alternaban con ellos, bien la exposición de problemas (προβλήματα ἢ ἀπορίαι), bien la discusión sobre determinadas tesis (θέσεις) en forma análoga á la practicada hoy en las escuelas.

Más adelante verá el lector cuán necesario es formarse idea exacta del método de enseñanza creado por Aristóteles; pues en realidad, es imposible desconocer la conexión íntima existente entre dicho método y la mayoría de las obras que con su nombre han llegado hasta nosotros, bien en lo relativo á la forma de éstas, bien al motivo ú ocasión que les diera origen.

Pero antes de profundizar más en este punto, será conve-

¹⁾ Lo que Ateneo, 8, p. 342, c, dice: καὶ ὁ Ἑρμιπποῦ δὲ φησιν, ἐν τρίτῳ περὶ τῶν Ἰσοκράτους μαθητῶν, ἐπιπέδων τὸν Ὑπερίδην ποιῆσαι νῦν τοὺς περιπάτους ἐν τοῖς ἰχθύσιν, sólo puede entenderse de una cita cuya explicación hallamos en lo dicho por Gelio, *Noct. att.*, 20, 5.

niente terminar lo que queda por decir de las vicisitudes por que atravesó Aristóteles. Entre el infinito número de fábulas absurdas ó de maliciosas invenciones que ya desde muy antiguo corren respecto de su vida, quizá son las que menos necesitan ser refutadas las referentes á sus relaciones con Alejandro. Las flagrantes contradicciones que á cada paso hallamos en la tradición, despiertan ya por sí solas justificadas desconfianzas. Prescindiendo de los relatos que presentan al filósofo como acompañante del conquistador, encontramos otros muchos que encierran noticias verdaderamente increíbles acerca del modo cómo Alejandro se esforzó por secundar las investigaciones científicas de su maestro¹⁾. Otros, en cambio, no vacilan en atribuir á Aristóteles una intervención directa en el pretendido envenenamiento de Alejandro²⁾. Ambos asertos no son otra cosa que invenciones tan descabelladas como cándidamente creídas. Ignórase si la desgraciada suerte que cupo al sobrino de Aristóteles, el vanidoso charlatán Calístenes, ejerció algún influjo en su actitud y sentimientos respecto de Alejandro; pero aunque así hubiera sido, no hay motivo bastante para suponerle capaz de un crimen. Con tales

¹⁾ Plinio, *Nat. hist.*, 8, 16, 17, nos da la noticia con grandes pormenores: *Alexandro magno rege inflammato cupidine animalium naturas noscendi, delegataque hac commentatione Aristoteli, summo in omni doctrina viro, aliquot millia hominum in totius Asiae Graccaeque tractu parere iussa, omnium, quos venatus, aucupia, piscaturaque aiebant quibusque vivaria, armenta, alvearia, piscinae, aviaria in cura erant, nequid usquam genitum ignovaretur ab eo, quos percontando quinquaginta ferme volumina illa praecleara de animalibus condidit.* Tiene con esto conexión íntima lo que Ateneo, 9, p. 398, e, observa al explicar la denominación πολυτάλαντος πραγματεία empleada por él para designar la *Historia de los animales: ὀντακόσια γὰρ εἰληφέναι τάλαντα παρ' Ἀλεξάνδρου τὸν Σταγειρίτην λόγος ἔχει εἰς τὴν περὶ τῶν ζῴων ἱστορίαν.* Eliano, *Historias varias*, 4, 19, atribuye á Filipo esta liberalidad verdaderamente regia (tratábase de unos 3.750.000 marcos). Para demostrar la inexactitud de estas noticias, ya rechazadas por J. H. Schultze en una *Historia de la Medicina* publicada en 1738, basta recordar que Aristóteles no menciona ni un solo animal que no fuera conocido ya en Grecia mucho antes de la época de Alejandro.

²⁾ Algunos escritores modernos, como por ejemplo Buhle, en la *Enciclopedia* de Ersch y Gruber, en la palabra *Aristoteles*, y Stahr, *Aristotelía*, vol. 1, p. 139, no han tenido reparo en conceder cierta autoridad á tamaña noticia. El último reproduce los pasajes alusivos á esta cuestión, pero utilizándolos con demasiada ligereza. Así, por ejemplo, cuando Stahr dice: «Era para Plinio el Mayor verdad incontestable, que Aristóteles mancilló para siempre su fama tomando parte en el envenenamiento de Alejandro», basta citar las propias palabras de Plinio al final del libro XXX: *magna Aristotelis infamia excogitatum.*

circunstancias, necesitábase nada menos que la monomanía de un Caracalla para pretender con seriedad, cinco siglos después, hacerle responsable de haber tenido parte en el envenenamiento de Alejandro, hecho que tampoco está demostrado ¹⁾. En qué condiciones vivía Aristóteles en Atenas, demuéstrole bien á las claras la circunstancia de que la sola noticia de la muerte de Alejandro bastó para decidirle á abandonar aquella ciudad.

Tampoco respecto de este suceso escasean las más peregrinas invenciones. Ante todo revélase claramente el deseo de establecer cierta analogía entre su muerte y la de Sócrates. Pero aun aquellas versiones según las cuales no murió envenenado, no sólo aparecen en gran parte desfiguradas, sino que en todas ellas se revela la tendencia, que tan á menudo ha contribuído á oscurecer la verdad histórica, de utilizar como abundante manantial de temas para composiciones retóricas, la muerte de Aristóteles. No otro origen debió tener la noticia de una supuesta acusación de impiedad que contra él dirigió el Jerofante Eurimedon ó un cierto Demófilo ²⁾, y la carta, frecuentemente citada, en que el filósofo de Estagira justificaba su resolución de abandonar á Atenas ³⁾. De la misma índole parece ser el discurso con que Demócates intentó justificar, valiéndose principalmente de cartas atribuídas á Aristóteles ⁴⁾ y que denunciaban á éste como traidor á su patria, la moción de Sófocles para que fuesen expulsados los filósofos, moción posterior á la muerte del Estagirita. El dis-

¹⁾ Según Dion Casio, 77, 7. Caracalla, para castigar el crimen de Aristóteles, no sólo mandó quemar sus obras, sino que derogó las prerrogativas de que los Peripatéticos habían gozado hasta entonces en Alejandría.

²⁾ Véase Phavorin., en Diógenes Laercio, 5, 5, y Ateneo, 15, p. 696, a.

³⁾ Véase *Vita Marciana*, p. 8, Ammonio, p. 400 de Westermann, David, *In categ.*, p. 26, b, 25. El pensamiento expresado en el verso de la *Odisea*, 7, 120,

ὄγχνη ἐπ' ὄγχνη γηράσκει, σῦκον δ' ἐπὶ σῦκῳ,

de que los sicofantes hacían intolerable la existencia en Atenas, lo atribuye también Eliano, *Historias varias*, 12, 52, á Isócrates. Orígenes, *C. Cels.*, 1, 65, dice en cambio: οὗτος γὰρ ἰδὼν συγκροτεῖσθαι μέλλον κατ' αὐτοῦ δικαστήριον ὡς κατὰ ἀσεβοῦς διὰ τινὰ δόγματα τῆς φιλοσοφίας αὐτοῦ, ἃ ἐνόμισαν εἶναι ἀσεβῆ οἱ Ἀθηναῖοι, ἐν Χαλκίδι τὰς διατριβὰς ἐποιήσατο ἀπολογησάμενος τοῖς γνωρίμοις καὶ λέγων· ἀπίωμεν ἀπὸ τῶν Ἀθηνῶν, ἵνα μὴ πρόφασιν δώμεν Ἀθηναίοις τοῦ δεύτερον ἄγος ἀναλαβεῖν παραπλήσιον τῷ κατὰ Σωκράτους, καὶ ἵνα μὴ δεύτερον εἰς φιλοσοφίαν ἀσεβήσωσιν. Véase Eliano, *Historias varias*, 3, 36, y David, *In categ.*, p. 26, b, 20.

⁴⁾ Aristocles, en Eusebio, *Praepar. evang.*, 15, 2, p. 791.

curso en cuestión tiene todos los visos de una superchería, como lo era, en opinión de Ateneo, la supuesta defensa de Aristóteles contra las acusaciones de que fué objeto ¹⁾.

En lo que claramente convienen todas estas noticias, es en la traslación del gran filósofo á Calcis, donde sólo debió vivir muy breve tiempo; pues que al año siguiente, 322 a. Chr., acarreóle la muerte una enfermedad cuyo largo proceso justifica la admiración que produjo, el que hubiese podido llegar á la edad de setenta y tres años ²⁾; y acaso aun más, la extrañeza de que no obstante su complejión débil y á pesar de haber sido su vida mucho más breve que la de la inmensa mayoría de los filósofos griegos más célebres, aventajase á todos ellos, por lo menos en lo tocante al número y extensión de sus obras.

Antes de examinar estas producciones, conviene que digamos algo acerca del carácter del hombre que consagró su vida entera á la investigación y propagación de la verdad científica. Desde luego, la actividad verdaderamente increíble á que se deben los abundantes frutos de su trabajo intelectual que dejó al morir, pudiera aducirse como razon bastante para negar todo crédito á lo que sobre la desarreglada conducta de su juventud se ha dicho. No existe tampoco prueba alguna, como ya hemos visto, de su tan decantada ingratitude para con Platon. Ni lo que se dice de su avaricia ó de su servilismo para con los reyes de Macedonia, tiene base alguna firme en qué apoyarse. Lejos de poderse citar ni un solo fragmento de sus obras que confirme cargos semejantes, no se ve en todas ellas sino una aspiración decidida á la verdad y firmes convicciones morales, cuya expresión muchas veces, como sucede en algunos pasajes de la *Ética Nicomaquea*, pudiera calificarse de inspirada. El único escrito que tenemos de mano de Aristóteles, íntimamente relacionado con su persona, produce una impresión tan grata para el lector como favorable para el autor: el Testamento conservado

¹⁾ Libro 15, 697, a.

²⁾ Censor., *De die nat.*, c. 14: Hunc (Aristotelem) ferunt naturalem stomachi infirmitatem crebrasque morbidi corporis offensiones adeo virtute animi diu sustentasse, ut magis mirum sit ad annos LXIII eum vitam pertulisse quam ultro non protulisse. La noticia de Eumelo, en Diógenes Laercio, 5, 6, de que Aristóteles llegó á la edad de setenta años, merece tanto menos crédito, cuanto que afirma que murió envenenado por la cicuta, relacionando verosíblemente su muerte con las medidas adoptadas contra los filósofos.

por Diógenes Laercio, de cuya autenticidad no podemos dudar, á no ser que dudemos también de todos los fragmentos de obras análogas de los filósofos griegos ¹⁾). Las disposiciones contenidas en este documento, dan testimonio del cariñoso interés que Aristóteles sentía por los suyos, y de su gratitud hacia aquellos con quienes se consideraba obligado. Es también muy digna de nota, la designación de Antípatro como albacea testamentario. Las amistosas relaciones que entre éste y Aristóteles mediaron, están acreditadas además por una serie de cartas de que desgraciadamente sólo se han salvado escasos fragmentos, los cuales, por lo menos, muestran que era extraordinaria la intimidad que reinó entre el filósofo y el futuro dominador de Macedonia ²⁾).

¹⁾ Así, por ejemplo, A. Grant, *Aristoteles*, trad. de J. Imelmann, Berlín, 1878, p. 22, habla del «verdadero ó supuesto Testamento de Aristóteles», conviniendo, sin embargo, en que «si no es auténtico, está hábilmente inventado». Que estos Testamentos habían sido incluidos ya en la obra de Hermipo, resulta indudable; así como se verá perfectamente claro el valor que tenían para las generaciones siguientes, si se recuerda que en parte eran para las distintas escuelas los títulos de posesión.

²⁾ Véanse los pasajes en Bernays, *Die Dialoge des Aristoteles*, p. 135.

CAPÍTULO XLVII

Obras de Aristóteles.

La diversa impresión que en nuestro ánimo producen Platon y Aristóteles, sólo en parte puede ser atribuída á la diferencia del punto de vista filosófico que cada uno de ellos ha adoptado. Al contraste entre la tendencia idealista del uno y la realista del otro, se agrega además otra diferencia de grandísimo interés: admiramos en Platon no sólo al filósofo profundo, sino también al autor de buen número de obras de sobresaliente mérito; mientras que Aristóteles, si bien aparece á nuestros ojos como un gran pensador que domina los ramos más diversos del saber, en cambio, como escritor que persigue fines puramente didácticos, no cuida en punto á la forma, sino de que la dicción sea la más apropiada al asunto.

De la desemejanza resultante del carácter enteramente distinto de las obras que de Platon y Aristóteles conocemos, ni sus contemporáneos, ni las generaciones siguientes, tuvieron idea bastante clara; sino que antes bien, pasó para ellos por completo inadvertida. A no ser así, no tendría explicación el hecho de que, á juicio de los críticos, Aristóteles ocupe el mismo lugar que Platon entre los escritores clásicos de Filosofía. Todos le tributan los más incondicionales elogios, y todos ensalzan con exceso la elegancia, la riqueza, el «río de oro» de su elocuencia.

Por muy favorable que sea el juicio que formemos del estilo de Aristóteles, tal y como se revela en las obras que se han conservado, difícilmente encontraremos justificadas semejantes alabanzas. Basta, sin embargo, para comprenderlas, considerar que las obras á que se refieren y en las cuales el juicio de la antigüedad está basado, ostentaban un carácter muy distinto del de las que hoy conocemos; pues mientras que las primeras, por su forma, no sólo resistían sino que provocaban una comparación con